

HACIA UNA NUEVA CULTURA INTEGRACIONISTA LATINOAMERICANA

Pablo Guadarrama González¹
Universidad Nacional de Colombia

Antes de plantearse la tarea de contribuir de algún modo a la promoción de una nueva cultura integracionista latinoamericana, es imprescindible considerar que esta es imposible de realizar si se ignoran las etapas anteriores de su evolución en el pensamiento latinoamericano, desde su gestación² y desarrollo hasta su situación actual³.

Ese ha sido el objetivo principal del libro *Cultura integracionista en el pensamiento latinoamericano*⁴, esto es, determinar el grado de elaboración del pensamiento latinoamericano sobre la cultura integracionista al analizar las posibilidades y obstáculos de los procesos solidarios y de unión de los pueblos de esta región en las luchas por su dignificación.

Un error que se observa en algunos predios intelectuales y políticos es el complejo adánico que implica desconocer los antecedentes de alguna labor. En el caso de la conformación y praxis de la cultura integracionista latinoamericana no ha sucedido algo diferente. De ahí que todo lo que se haga por reivindicar la herencia del ideario referido a la unión de los pueblos de esta región siempre resultará insuficiente, pues generalmente no se analizan todas y cada una de las personalidades que han contribuido a su enriquecimiento. Este libro tampoco es una excepción. Se sabe que existen al respecto innumerables contribuciones que no han sido analizadas y valoradas en este texto, por lo que se deja planteada a otros investigadores la misión de continuarla.

Pero más importante que la simple recuperación historiográfica –que por supuesto resulta imprescindible⁵–, se impone extraer en un plano teórico las conclusiones más apropiadas de las experiencias favorables o desafortunadas que han sido analizadas por sus propulsores. Todo ello con el objetivo de, a partir de ellas, proponer las

¹ Doctor en Filosofía. Universidad de Leipzig. Doctor en Ciencias y Profesor Emérito de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas. Académico Titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Investigador Emérito del Ministerio de Ciencias, Tecnología e Innovación, Colombia. Autor de varios libros sobre pensamiento filosófico latinoamericano. Actualmente es profesor la Universidad Nacional de Colombia y de la Maestría en Ciencia Política de la Universidad Católica de Colombia-Università degli Studi di Salerno. <https://orcid.org/0000-0002-4776-2219> pabloguadarramag@gmail.com

² Véase: Ardao, Arturo. «La idea de la Magna Colombia de Miranda a Hostos», en *Ideas en torno de Latinoamérica*, UNAM, México, vol. I, 1986; Rojas Gómez, Miguel. *Identidad cultural e integración: desde la Ilustración hasta el Romanticismo latinoamericanos*, Editorial Bonaventuriana, Bogotá, 2011.

³ Véase: Zea, Leopoldo. (Coordinación e introducción), *América Latina en sus ideas*, UNESCO-Siglo XXI, México, 1986; Ramaglia, Dante y Guyot, Violeta (eds.), *Ideas e imaginarios para una política actual de integración de América Latina*, Universidad de Cuyo, Cuyo, 2011; Briceño, José. *Las teorías de la integración regional. Más allá del eurocentrismo*, Universidad Cooperativa de Colombia, Bogotá, 2018.

⁴ Véase: Guadarrama, Pablo. *Cultura integracionista en el pensamiento latinoamericano*. Università degli Studi di Salerno-Universidad Católica de Colombia-Taurus-Pequin Random House. Bogotá. 2021.

⁵ Véase: Ocampo López, Javier. *La integración de América Latina*, El Búho, Bogotá, 1981.

recomendaciones necesarias para continuar la labor de promoción de dicha cultura integracionista. No se debe subestimar el planteamiento tan argüido por científicos y políticos según el cual no hay nada más práctico que una buena teoría.

Se ha partido del presupuesto de que al conceptualizar la cultura no se le debe identificar con cualquier fenómeno social o producto de la actividad humana, pues muchos de ellos resultan enajenantes, por lo que atentan contra la condición humana⁶ e incluso contra la naturaleza⁷. Por ello, por cultura integracionista debe considerarse todo ideario –y la praxis que se deriva de él– orientado a promover diferentes formas de identificación común entre los pueblos, de manera tal que contribuya a propiciar grados superiores de libertad en relación con nexos estables de unión, comunicación, reconocimiento, solidaridad y colaboración efectiva entre ellos, que no deben limitarse a simples acuerdos gubernamentales o a la constitución de instituciones que tratan de representar de forma unilateral o exclusiva los procesos de integración.

La tarea más difícil que hasta el presente ha tenido, y tendrá por mucho tiempo, la promoción de la cultura integracionista consiste en conseguir que dichos procesos no se limiten al inmediatismo en el plano económico, militar, científico, educativo, jurídico, cultural⁸, etc., sino que se pueda limitar, al menos parcialmente, la relativa autonomía en la toma de decisiones estratégicas por parte de los gobiernos de aquellos países que suscriben tales acuerdos, en lugar de que estas se logren de manera consensuada en favor del bien común.

De tal consideración se deriva otra no menos significativa, como es la de no reducir la integración a la simple unificación de mercados⁹, sino que su impacto trascienda al plano sociopolítico y al ensamblaje cultural, de manera que favorezca la democracia participativa, los derechos humanos y la justicia social. De otra forma la labor de la cultura integracionista se torna, en verdad, estéril¹⁰.

Toda propuesta de integración debidamente fundamentada por líderes e intelectuales, orientada a la realización práctica de dicha concepción de la integración, debe ser considerada como una contribución para su promoción cultural. Por supuesto que la condicionalidad histórica de las formas y vías en que han sido elaboradas tales ideas han de ser justipreciadas, pues no se deben valorar de igual manera las emergidas en la etapa final del período colonial y las que surgieron

⁶ Véase: Guadarrama, Pablo. "Introducción a la condición humana". 2018. University of Miami. https://bioethics.miami.edu/_assets/pdf/international/ethics-in-cuba/interviews-papers-and-other-documents/condicion-humana.pdf

⁷ "Una posible definición integradora debe considerarla como *el grado de dominación por el hombre de las condiciones de vida de su ser, de su modo histórico concreto de existencia, lo cual implica de igual modo el control sobre su conciencia y toda su actividad espiritual, posibilitándole mayor grado de libertad y beneficio a su comunidad*". Guadarrama, Pablo. *Diccionario del pensamiento alternativo*. Hugo E. Biagini y Arturo A. Roig (directores). UBA. Buenos Aires, 2009.p. 141.

⁸ Véase: Garretón, Manuel (coord.). *El espacio cultural latinoamericano*, Convenio Andrés Bello, Bogotá, 2003.

⁹ Véase: Pennetta, Piero. *Integración e integraciones. Europa, América Latina y el Caribe*. Universidad Católica de Colombia-Universidad de Salerno-Planeta, Bogotá, 2011.

¹⁰ Véase: Cerutti, Horacio. *Democracia e integración en nuestra América*, Editorial Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2007.

durante las luchas independentistas, del mismo modo que tampoco pueden tener la misma significación las elaboradas al inicio de la vida republicana que las surgidas en años más recientes.

Ciertamente, no todas las propuestas integracionistas ni sus resultados han tenido éxito, tal vez porque no han aplicado la debida estrategia ante los obstáculos que se les presentan. Sin embargo, el hecho de su mayor o menor impacto en realidad no debe ser un criterio excluyente en relación con su grado de autenticidad al corresponderse con las efectivas posibilidades de implementación.

El presente análisis no se propuso efectuar una valoración de los distintos intentos por desarrollar procesos de integración o del mayor o menor éxito de instituciones de tal índole, sino realizar, desde la perspectiva disciplinar de la filosofía política y la metodología de la historia de las ideas, una ecuánime justipreciación de las propuestas integracionistas de líderes e intelectuales latinoamericanos que fueron capaces de reconocer cuáles eran los obstáculos que se anteponían para el logro de dicho objetivo, pero de manera optimista perseveraron en el intento por hacerlas realidad.

El estudio realizado posibilita confirmar que desde la gestación del pensamiento latinoamericano hasta la actualidad ha prevalecido la cultura integracionista como condición favorecedora del desarrollo y la justicia social en los pueblos de la región¹¹, si bien esporádicamente han existido –y aún subsisten– tendencias nacionalistas estrechas y segregacionistas favorecedoras de los sectores socioeconómicos y políticos dominantes. Estos últimos han batallado para que los elementos obstaculizadores de las formas de integración latinoamericana prevalezcan y en ocasiones lo han logrado¹². Sin embargo, los mejores representantes del humanismo práctico característico de la tendencia más progresista del pensamiento latinoamericano, vehementemente han insistido en promover la cultura integracionista y ha ejecutado una consecuente praxis orientada a su conversión en realidad.

De igual modo, se han precisado los aportes más significativos del pensamiento latinoamericano en la conformación de la cultura integracionista; se han caracterizado algunas de las principales tendencias en el pensamiento latinoamericano propiciadoras de distintas formas de integración latinoamericana, y se han identificado algunas expresiones distorsionadoras, cuestionadoras o contrarias a la integración de los pueblos de esta región.

En esa labor se observan desaciertos como éxitos. Estos últimos no han obnubilado la mirada de sus promotores; por el contrario, les han permitido observar con mayor claridad los obstáculos y los factores favorecedores de la integración latinoamericana.

¹¹ Véase: Colectivo de autores dirigido por Edgar Romero. *Valores fundacionales de la integración latinoamericana*, Editorial Feijóo, Santa Clara, 2009.

¹² Véase: Guadarrama, Pablo. "Elementos obstaculizadores de la cultura integracionista latinoamericana". *Opción*. Revista de Ciencias Humanas y Sociales. Facultad Experimental de Ciencias, Departamento de Ciencias. Universidad del Zulia. Maracaibo. Vol, 36. No 93. 2020. pp. 254-270.
<https://produccioncientificaluz.org/index.php/opcion/article/view/32737/34247>

Los grandes líderes sociales, y especialmente los revolucionarios, desde la antigüedad hasta nuestros días han promocionado la unidad para el logro de sus objetivos, en tanto las fuerzas retrógradas y conservadoras se han caracterizado por favorecer la fragmentación, en aras de debilitar cualquier alianza de las propulsoras. En el caso de la historia latinoamericana, no ha sido diferente.

Los más dignos representantes del pensamiento político latinoamericano han logrado identificar los siguientes obstáculos: el repliegue de ancestrales oligarquías existentes que, por salvaguardar sus intereses, prefieren pactar con los poderes transnacionales para propiciar la explotación de recursos naturales y humanos de sus respectivos países; la supuesta subestimación del factor cultural al priorizarse los nexos económicos, militares, políticos o jurídicos, aunque se esté consciente de su eficaz impacto ideológico a mediano y largo plazo; las falacias de integración promovidas por antiguas potencias coloniales para mantener mecanismos de control sobre sus anteriores países subordinados; los refinados mecanismos divisionistas estimulados por dichas potencias para provocar conflictos fronterizos o comerciales; las deficientes políticas ecológicas que deberían proteger ambientes naturales compartidos por varios países; la promoción del eurocentrismo, el racismo y la xenofobia, a partir del imaginado conflicto entre barbarie y civilización, en detrimento del reconocimiento de los valores culturales propios, especialmente de los pueblos originarios; la imposición del idioma español o el portugués, limitando el simultáneo cultivo de los idiomas vernáculos; la hiperbolización de las diferencias en la conquista¹³ y colonización por parte de las metrópolis española y portuguesa, que condujeron a que los procesos independentistas fuesen sustancialmente distintos; la desigual proporción entre países de inmigración europea a partir de la vida republicana; los nacionalismos y conflictos fronterizos pendientes de la época colonial; la estimulación de los modos de vida de la sociedad de consumo estimulados por los medios de comunicación y los grandes centros comerciales transnacionales; la indecisa postura ideológica de la clase media; la deformada enseñanza de la historia nacional y latinoamericana; la promoción cultural de embajadas de países desarrollados y de otras instituciones transnacionales; la insuficiente labor de la producción cinematográfica latinoamericana; el predominio televisivo de la cinematografía norteamericana y europea; los gobiernos dictatoriales promotores de nacionalismos extremos, entre otros.

Ante cada uno de estos indudables obstáculos para la cultura integracionista, los más auténticos representantes del pensamiento latinoamericano han desarrollado propuestas y estrategias que, aunque no siempre han resultado acogidas o implementadas, forman parte del acervo patrimonial al respecto, que pueden y deben alimentar nuevas propuestas orientadas a ese objetivo. De aquí que los diferentes empeños y proyectos de la cultura integracionista latinoamericana no hayan sido baldíos, aun cuando no se han puesto en práctica o su implementación práctica haya sido no duradera. Son parte, precisamente, de lo mejor de la cultura integracionista, y como tales deben ser valorados.

¹³ Véase: Bosch García, Carlos. *El descubrimiento y la integración iberoamericana*, UNAM, México, 1991.

Por ejemplo, ante el argumento de algunos escépticos en relación con la imposibilidad de tal unión, dado que aún no se habían consolidado propiamente los Estados nacionales, otros más optimistas han argumentado que si Alemania e Italia apenas lo habían logrado a fines del siglo XIX, qué razones impedirían que un proceso similar se desarrollara en Latinoamérica.

De igual forma se deben destacar algunos factores favorecedores que, desde los pensadores de la Ilustración y los próceres de la independencia latinoamericana hasta los intelectuales y líderes sociales más recientes, han sido considerados dignos de atención para lograr ese objetivo de unificación. Entre ellos se encuentran: la subsistencia en el imaginario popular¹⁴ de admiración ante numerosas expresiones culturales de los pueblos originarios, tales como edificaciones, objetos de arte, conquistas tecnológicas; productos alimenticios, medicinales, etc.; la cultura de resistencia que desde las insurrecciones indígenas, de esclavos africanos, de criollos, independentistas hasta las más recientes protestas sociales han producido actitudes solidarias; la participación de combatientes de origen indígena, de esclavos africanos y de criollos, provenientes de diferentes países, en los ejércitos independentistas; la cohesión idiomática entre el español y el portugués; el mestizaje que ha sido común en la mayor parte de la población y en la mayoría de los países; el predominio del catolicismo y en muchos lugares sincretizado con religiones aborígenes y africanas; el incremento de la toma de conciencia de la identidad latinoamericana desde el pensamiento ilustrado latinoamericano hasta la actualidad¹⁵, pues para que un pueblo se plantee la posibilidad de integración con otros debe desarrollar una plena conciencia de su identidad, de sus valores propios y auténticos, que pueda exhibir con orgullo; el papel de la imprenta –aun cuando la mayoría de la población era analfabeta–, el de la navegación marítima y la comunicación terrestre desde fines del siglo XVIII; la labor de artistas e intelectuales en la promoción de la identidad y la conciencia integracionista; la existencia de sistemas políticos republicanos relativamente similares; la defensa común de los derechos humanos y de la paz, pues la cultura integracionista latinoamericana es inversamente proporcional al grado de exacerbación de los nacionalismos y los conflictos entre los pueblos, de cualquier tipo, incluyendo los culturales; el antimperialismo y la solidaridad de significativos sectores de la población con procesos como la Revolución mexicana y la Revolución cubana; el orgullo compartido por el reconocimiento internacional de manifestaciones artísticas, literarias, científicas y culturales de cualquiera de sus pueblos; el aumento de los niveles de escolaridad de la mayor parte de la población; el intercambio informativo, los avances de los medios de comunicación, el internet y el transporte aéreo; el incremento de la actividad académica, el turismo y los procesos migratorios entre los países del área; la solidaridad con exiliados y perseguidos políticos; la defensa común del medio ambiente, especialmente de zonas compartidas, como la amazónica, entre otros.

¹⁴ Véase: Ramaglia, Dante y Guyot, Violeta (eds.). *Ideas e imaginarios para una política actual de integración de América Latina*, Universidad de Cuyo, Cuyo, 2011.

¹⁵ Véase: Devés, Eduardo. «Identidad latinoamericana», en Ricardo Salas (coord.), *Pensamiento crítico latinoamericano: conceptos fundamentales*, Ediciones UCSH, Santiago de Chile, 2005, pp. 536-557.

Los más preclaros representantes del pensamiento latinoamericano, lo mismo en los ámbitos intelectuales que políticos, especialmente desde fines del siglo XVIII hasta la actualidad, han reconocido alguno que otro de esos factores como favorecedores de la unión de estos pueblos. No hay razones suficientes para pensar que de ahora en adelante ese comportamiento será sustancialmente diferente, por lo que, si la cultura integracionista se ha fortalecido desde sus génesis hasta la actualidad, se presupone que la tendencia debe mantenerse, aun cuando existan los obstáculos y factores adversos anteriormente enunciados.

Debe distinguirse entre las tendencias de desarrollo de la cultura integracionista y los procesos históricos reales producidos en cuanto a la institucionalización de los procesos de integración, pues ni uno ni el otro han discurrido de forma teleológicamente progresiva y no siempre coincidente. Como en toda historia de las ideas ha habido períodos de avances significativos, lo mismo que de estancamiento y hasta de retrocesos parciales; pero ello no significa que cuando estos se han producido se ha tenido que partir de cero para empezar de nuevo por el camino inicialmente recorrido. Tampoco la cultura integracionista tiene una vida propia como entelequia autónoma, desvinculada de las transformaciones socioeconómicas y políticas de la historia latinoamericana. Los extremos se tocan, por lo que no es absolutamente independiente de las circunstancias históricas en que se desarrolla, ni tampoco un reflejo pasivo de las mismas. En verdad, en un rejuego dialéctico y, por tanto, contradictorio, las ideas integracionistas han contribuido a impulsar procesos de acercamiento y unión entre los pueblos latinoamericanos y, a la vez, han estado mediadas, en última instancia, por el devenir histórico real de los mismos.

En definitiva, la cultura integracionista latinoamericana es, a la vez, producto y productor de procesos favorecedores en la conformación de la identidad de los pueblos latinoamericanos en sus luchas, desde la época colonial hasta el presente; de ahí que se caracterice por su postura contrahegemónica y promotora de humanismo práctico frente a distintos poderes enajenantes.

Con las transformaciones que se producen a partir de la política del despotismo ilustrado de Carlos III, que permitió algunas libertades de imprenta, educación, comunicación, reunión, etc., así como el nacimiento de nuevas ciudades con el consecuente aumento de la población urbana, aparecieron condiciones más favorables para que proliferara el desarrollo de la germinal identidad nacional y el conocimiento recíproco de los pueblos latinoamericanos, lo cual favoreció la cultura integracionista. En un contradictorio y dialéctico proceso se ha ido conformando la identidad nacional en cada uno de los países, a la vez que se ha fortalecido la identidad latinoamericana, con lo cual se ha favorecido la cultura integracionista.

El considerable incremento de la población urbana en el siglo XVIII y el nacimiento de nuevas ciudades, ciertas aperturas comerciales y comunicativas, así como la creación de instituciones culturales y gremiales –como las diferentes secciones de la Sociedad Económica de Amigos del País y la creación de numerosos periódicos que contribuirían al conocimiento, tanto de los respectivos países como de sus vecinos, especialmente durante la época del despotismo ilustrado de Carlos III–, contribuirían notablemente a la gestación de identidades regionales y nacionales.

Es indudable la influencia ideológica que tuvieron acontecimientos como la independencia de las Trece Colonias británicas en Norteamérica, la Revolución francesa y la Revolución en Haití; pero esta no debe ser hiperbolizada, sino valorada en sus justos términos.

Desde que se despliega en estas tierras el espíritu de la Ilustración, varios intelectuales se dieron a la tarea de enaltecer los elementos identitarios de estos pueblos, y en especial sus componentes indígenas. Tal es el caso de Francisco Javier Clavijero, Eugenio de Santa Cruz y Espejo, y Juan Pablo Viscardo, entre otros. En ese proceso precursor sobresale la figura de Francisco de Miranda¹⁶, no solo por su valiosa contribución ideológica y política al proceso independentista, sino por la promoción de la cultura integracionista.

El pensamiento latinoamericano de la época ilustrada no fue un simple movimiento cultural, pues trascendió al plano ideológico, político y social, e influyó significativamente en los actores del proceso independentista, pues incluso en numerosos casos se trataba de intelectuales que intervinieron en la gesta libertadora y en los primeros ensayos integracionistas.

Algo muy significativo para la construcción de la identidad propia fue la aparición de nuevos gentilicios, como «americanos españoles», para diferenciarse de los peninsulares. Durante el proceso independentista aparecerían otros también integradores, como el de colombianos, a la par que se consolidarían los calificativos de la identidad nacional, como venezolanos, peruanos, mexicanos, etc.; pero con la introducción, a mediados del siglo XIX, del término Latinoamérica, surgiría otro de mayor generalidad: latinoamericanos. La gradual ruptura con la denominación de españoles –que fue común para incluso criollos hasta fines del siglo XVIII– y el uso de dichos nuevos gentilicios propiciaría la conformación de la identidad nacional y latinoamericana, lo cual contribuyó a la promoción de la cultura integracionista.

El pensamiento ilustrado estimuló el optimismo –a diferencia de la tendencia a la resignación propiciada por la escolástica– y, en especial, el orgullo por los recursos naturales y sociales de América. Y, en consecuencia, participó en el proceso de construcción de la modernidad y se enfrentó a las trabas para el progreso. Sus continuadores, los próceres independentistas, comprendieron que no bastaba lograr la separación política de las metrópolis, sino que era imprescindible la unión de los pueblos latinoamericanos para poder articularse mejor al mercado mundial y a la política internacional¹⁷.

¹⁶ Véase: Guadarrama, Pablo. “¿Originalidad o autenticidad de Francisco de Miranda en la gestación de la cultura integracionista latinoamericana?”. *Wirapuru. Revista Latinoamericana de estudio de las ideas*. Santiago de Chile. Primer semestre 2020. N. 1. pp. 20-36. DOI: <http://doi.org/10.5281/zenodo.4242909>.
http://www.wirapuru.cl/images/pdf/2020/art02_20-36.pdf

¹⁷ Véase: Guadarrama, Pablo. “Papel de la ilustración latinoamericana en la gestación de la cultura integracionista”. *Cultura latinoamericana. Revista de estudios interculturales*. Universidad Católica de Colombia—Universidad de Salerno. Planeta. Bogotá. Vol. 30, Núm. 2 (2019). julio-diciembre. 2019. pp. 119-146.
<https://editorial.ucatolica.edu.co/index.php/RevClat/article/view/3447/3201>

Sin estos antecedentes hubiera sido difícil la generación de los próceres de la independencia, como Bolívar, San Martín, O'Higgins, Artigas, Hidalgo, Morelos, Martí¹⁸, etc., quienes imbuidos por un profundo humanismo práctico articularon la lucha por la independencia con el logro de una mayor justicia social, que se alcanzaría especialmente con la abolición de la esclavitud y la unión de estos pueblos.

Para dar cumplimiento a las cuestiones pendientes de justicia social no bastaba con dar libertad a los esclavos. La tarea ha sido hasta la actualidad de mayor magnitud, pues se trata, por una parte, de considerar el mestizaje como un elemento básico de la identidad latinoamericana, y por otra, de respetar las prácticas culturales, especialmente religiosas, de indígenas y afrodescendientes.

El completamiento de esta tarea de justicia social no sería una simple cuestión de carácter económico y jurídico, sino que tenía otras implicaciones de carácter social y cultural, pues significaba, por un lado, admitir el mestizaje como un componente esencial de la identidad de los pueblos latinoamericanos, y por otro, el reconocimiento de prácticas culturales, especialmente religiosas, tanto de los pueblos originarios como de los trasplantados de África y, en menor medida, de Asia, pues no deben ser ignorados.

La mayor contribución de los próceres independentistas a la promoción de la cultura integracionista, además de sus proclamas, artículos, cartas, etc., estuvo en el ejemplo imperecedero de poner sus espadas y sus plumas en favor de aquella utopía concreta. Estos próceres fueron propulsores de este tipo de utopías, y no de las abstractas, o sea, las que nunca pueden llegar a realizarse; de otro modo no se explicaría cómo han tenido tantos continuadores hasta el presente. Para algunos escépticos, la utopía de la integración latinoamericana continúa siendo abstracta; para otros, con suficientes argumentos probatorios, sigue siendo concreta.

Aunque al surgir las primeras repúblicas los sectores conservadores predominantes trataron de mantener las anquilosadas estructuras institucionales de la época colonial, entre ellas la inhumana esclavitud, y economías autárquicas que se resistían a articularse con el mercado mundial, así como formas democráticas de gobierno, tales actitudes obstaculizaron de cierta forma los procesos integracionistas, que finalmente serían promovidos por los sectores liberales e incluso socialistas.

El pensamiento latinoamericano ha tenido como tendencia predominante una propensión humanista, que en muchos de sus mejores representantes ha adquirido una dimensión práctica. Debe tomarse en consideración que la cultura occidental –a la cual de una forma u otra este pertenece en orgánica y dialéctica relación–, aunque se proclama humanista, ha sido en verdad antropocéntrica al desdeñar la naturaleza, pues un genuino humanismo no debe desconocer el esencial componente biológico que vincula al hombre con todos los seres vivos.

¹⁸ Véase: Guadarrama, Pablo. *José Martí: humanismo práctico y latinoamericanista*. Editorial Capiro. Santa Clara. 2015. pp1-344.
<https://www.ensayistas.org/filosofos/cuba/guadarrama/textos/Jose-Mart%C3%AD.pdf>

Ha sido nota dominante entre intelectuales y líderes políticos, junto a diversas formas de patriotismo latinoamericano –tras abandonar la idea de la *madre patria* referida a España, tomó fuerza la idea de una *patria grande* latinoamericana–, el anhelo por lograr una ciudadanía latinoamericana¹⁹, que posibilite un mejor intercambio e integración entre estos pueblos, aunque en algunos casos se han presentado, con mayor prudencia, propuestas de ciudadanías regionales, como la centroamericana, andina, antillanas, etc. A esto se añade que tales manifestaciones han estado generalmente vinculadas, en especial desde las luchas independentistas, al logro no solo de la emancipación política, sino también de mayores conquistas de justicia social, primero para la población indígena y esclava; luego por los derechos de los criollos en relación con los peninsulares, y posteriormente en beneficio de artesanos, obreros, campesinos, estudiantes, mujeres, líderes sociales, etc.

Debe destacarse que ese patriotismo latinoamericano no ha estimulado formas de nacionalismo estrecho o chovinismo, pues estos pueblos se han considerado un producto del proceso universal de transculturación que ha existido desde la antigüedad y que, lejos de concluir, se incrementa no solo por las migraciones, sino por todas las formas comunicativas y de intercambio, de las cuales ningún pueblo del mundo puede escapar. La mayor parte de los representantes del pensamiento latinoamericano han inculcado una proyección humanista de mayor proyección universal, en lugar de anquilosados regionalismos, los cuales han demostrado su ineficacia cuando no se orientan hacia el logro de consecuentes transformaciones sociales.²⁰

Al inicio de la vida republicana no faltaron algunos que pretendían renegar de la herencia hispano-lusitana en la conformación de la cultura latinoamericana, al punto de detestar sus idiomas. Hubo intentos, incluso, de vincularla a la cultura anglosajona. Inteligentemente hubo quienes se enfrentaron a esa postura, como Andrés Bello y José Martí, ante la *nordomanía* de Domingo Faustino Sarmiento, entre otros. Con la crítica al predominio del positivismo se desarrolló una nueva generación intelectual revalorizadora de la cultura latinoamericana, incluso de sus pueblos originarios, dando lugar a gentilicios como *Indoamérica*. En esa labor se destacaron José Vasconcelos, José Enrique Rodó, Pedro Henríquez Ureña, Manuel Ugarte,

¹⁹ Véase: Guadarrama, Pablo. "La integración y la utopía de una ciudadanía latinoamericana". *Utopía y praxis latinoamericana: Revista internacional de filosofía iberoamericana y teoría social*. Universidad del Zulia. Maracaibo. Año 25 Núm. 89. 2020. pp. 22-33 <https://produccioncientificaluz.org/index.php/utopia/article/view/31421/32823> <https://www.catedramariategui.com/antecedentes/2021/681PabloGuadarrama.pdf>

²⁰ «Si todos estos esfuerzos –a los cuales se acompañó incluso una actualización del sistema interamericano– no fueron capaces de convertir la integración de las unidades estatales en oportunidades para superar los tradicionales problemas de desarrollo e inclusión social del área, sin lugar a dudas sirvieron a vislumbrar un nuevo y más amplio concepto de regionalismo. Saliendo de una interpretación meramente económica, también en América Latina, de hecho, el regionalismo abriéndose a la evidencia de que el crecimiento de la economía no es de por sí suficiente a superar las dificultades del continente si no se acompaña a un interés por lo político, lo social y la infraestructura». Graziano Palamara, «América Latina. Un rompecabezas rumbo a un nuevo orden internacional», en Lucía Picarella y Carmen Scocozza (eds.), *Democracia y procesos políticos en América Latina y Europa*, Taurus-Università degli Studi de Salerno-Universidad Católica de Colombia, Bogotá, 2017, p. 29.

Antenor Orrego²¹ y José Carlos Mariátegui²², quienes contribuyeron considerablemente a enaltecer la identidad latinoamericana y, por esa vía, la cultura integracionista. No faltaron a inicios del siglo xx algunos movimientos etnocentristas que, estimulando el indigenismo o las negritudes, en lugar de favorecer procesos de unión entre los diversos sectores predominantemente mestizos que integran la población latinoamericana, podían afectar la conformación de la cultura integracionista.

Debe destacarse que no todos los positivistas compartieron las ideas racistas y xenófilas de Sarmiento. El positivismo, como corriente filosófica que impregnó toda la vida intelectual latinoamericana en el campo de la ciencia, la literatura, el derecho, la política, la educación, etc., dada su confianza extralimitada en la ciencia y la técnica como condición de progreso, contribuiría también a profundizar el conocimiento y la promoción de la identidad cultural. Los que de algún modo se identificaron con el positivismo –entre los que se destacan Eugenio María de Hostos, Enrique José Varona, José Ingenieros, Justo Sierra, Juan Enrique Lagarrigue, González Prada y César Zumeta– expresaron su interés en promover la industria, incrementar la comunicación entre los países en su interior y con otros, a partir del desarrollo de la navegación fluvial, marítima y el transporte terrestre, y en tal sentido contribuyeron al desarrollo de la cultura integracionista latinoamericana.

El hecho de que una vez iniciada la vida republicana comenzaran a instrumentalizarse numerosos ensayos integracionistas y que en la actualidad algunos de ellos hayan cristalizado con mayor o menor éxito, demuestra que la labor de intelectuales y líderes sociales que desde la Ilustración promovieron la cultura integracionista no era desacertada, sino necesaria y prometedora.

La diversidad étnica y cultural a partir de la fusión de fuentes culturales procedentes de varios continentes que han dado lugar a expresiones musicales, literarias, plásticas, religiosas, también se manifestaría en el pensamiento político, jurídico y filosófico. Las condiciones socioeconómicas específicas del ámbito latinoamericano harían que lo mismo la escolástica que la Ilustración sufrieran determinadas metamorfosis en Latinoamérica, y dieran lugar a formas más auténticas de expresión, así como de humanismo algo más práctico, que se incrementarían con el inicio de la vida republicana.

Desde el inicio de esa época aflorarían nuevas ideologías que intentarían superar el conservadurismo y el liberalismo, pues han aspirado a algo más allá de la simple

²¹ Véase: Jara Townsend, Gonzalo Andrés. *En busca de una nueva creación de Indoamérica. Una lectura a Pueblo-Continente de Antenor Orrego*, Ediciones Inubilacalistas, Santiago de Chile, 2020.

²² Véase: Guadarrama, Pablo. "Mariátegui y la interdependencia entre libertad, democracia y justicia social". *El pensamiento de Mariátegui en la escena contemporánea. Siglo XXI*. "Mariátegui y la interdependencia entre libertad, democracia y justicia social". Memorias del Simposio Internacional el pensamiento de Mariátegui en *la escena contemporánea* siglo XXI Lima, 14 y 15 de junio 2021. Editorial Universidad de Moquegua. op. 187-205. Memorias del Simposio Internacional el pensamiento de Mariátegui en *la escena contemporánea* siglo XXI Lima, 14 y 15 de junio 2021. <http://www.catedramariategui.com/articulos/1.pdf>

independencia, como mayores niveles de justicia social; tal es el caso del socialismo utópico y el anarquismo.

La articulación con la cultura occidental se incrementaría al no estar limitada por el autoritarismo monárquico ibérico, ni por un catolicismo atado a la contrarreforma –que frenaban la gestación y libre circulación de ideas humanistas ilustradas–, sino que, por el contrario, la ruptura de los férreos controles coloniales posibilitaría un mejor intercambio de ideas entre Europa y América, en un genuino proceso de transculturación. Se incrementarían tanto las migraciones, incluso la procedente de Asia, así como la circulación de libros, revistas, obras teatrales, musicales, plásticas, etc., y particular la movilidad de estudiantes e intelectuales tanto dentro del ámbito de los países latinoamericanos, como hacia Europa²³.

La labor de escritores, periodistas, artistas, etc., en la promoción de la cultura integracionista latinoamericana ha sido significativa, aunque no han faltado esquirols que han preferido el camino de la xenofilia eurocéntrica; pero afortunadamente han sido minoría.

Resulta iluso pensar que existía un acuerdo unánime respecto a las propuestas iniciales de integración. Como en toda obra humana, hubo disímiles tendencias, pero se distinguieron tres esencialmente: las centralistas, las federalistas y las monárquicas. En diversos momentos de las etapas iniciales del proceso independentista y de conformación de la vida republicana, las tres tendencias tenían algún tipo de fundamento en quienes las esgrimían, incluso se trataron de implementar con mayores o menores posibilidades de concreción. Esto demuestra que, independientemente de las grandes diferencias existentes entre ellas, tenían en común la promoción de la unión, en lugar de la atomización²⁴.

Desde que la política injerencista norteamericana se desenmascaró con la anexión de los territorios mexicanos y las intervenciones en Cuba, Puerto Rico, Nicaragua, Haití, etc., fundamentadas en la Doctrina Monroe y en el panamericanismo²⁵, se desarrolló una fuerte reacción antimperialista en Justo Arosemena, Francisco Bilbao, José Martí, Enrique José Varona, Eugenio María de Hostos, José Emeterio Betances, Pedro Henríquez Ureña, Manuel Ugarte, José Ingenieros, Augusto César Sandino, José Carlos Mariátegui, Antenor Orrego, entre otros, cuya labor contribuyó considerablemente a la consolidación de la identidad latinoamericana y la cultura integracionista.

La utopía de procesos integracionistas, con fundado realismo –hacia una utopía concreta–, ha sido concebida y ejecutada, en primer lugar, en forma regional entre países vecinos, esto es, centroamericanos, caribeños, andinos, suramericanos, etc.

²³ Véase: Quijano, Aníbal. *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*, CLACSO-Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Buenos Aires, 2020.

²⁴ Véase: Guadarrama, Pablo. "Posibilidades y dificultades de la integración en el pensamiento independentista latinoamericano" en Perassi, Emilia y Pablo Guadarrama González. Editores. *Integración en la globalización*. Universidad Católica de Colombia y la Università degli Studi di Salerno. Editorial Penguin Random House. Bogotá. 2020. pp.76-104.

²⁵ Véase: Guadarrama, Pablo. "Cultura integracionista latinoamericana contra el panamericanismo". *Cuadernos Americanos*. Universidad Nacional Autónoma de México. Dic. 2021, N. 178. pp. 45-83.

Sin embargo, esto no ha significado que sus promotores hayan renunciado a proyectos de mayor magnitud, pues el ideal de crear una confederación de Estados se mantuvo por mucho tiempo, con la posible denominación de *Colombia*.

Diferentes causas y circunstancias han impedido su realización, pero el hecho de que se hayan podido materializar algunas de esas instituciones –algunas de las cuales, incluso, se mantienen en la actualidad–, demuestra que sus promotores tenían razones suficientes para proponerlas y crearlas. Los Estados Unidos de América, en particular, así como otras potencias imperiales, han hecho todo lo posible por debilitarlas y fragmentarlas, con la romana estrategia de incidir abierta o veladamente en sus países componentes.

La mayoría de los pensadores y líderes políticos identificados con el porvenir de los pueblos latinoamericanos han advertido –incluso algunos como Bolívar, Bilbao, Torres Caicedo o Arosemena– sobre la peligrosidad de dejar las puertas abiertas a un vecino tan peligroso. No obstante, no han faltado esquirols que han traicionado tales ideales de unidad latinoamericana frente a viejos y nuevos poderes imperiales²⁶. La historia se ha encargado de pasarles la cuenta. Hoy se conoce muy bien quiénes, violando la soberanía de nuestros países, se han plegado a los intereses foráneos y han abierto las puertas a viejos y nuevos caballos de Troya, como el neoliberalismo.

No hay duda de que la ideología neoliberal es totalmente hipócrita²⁷. Aunque los que la propugnan aparentan defender el libre mercado, primero anteponen numerosos impuestos en los países capitalistas desarrollados a mercancías procedentes de los periféricos, y en cambio, les exigen a estos últimos que abran sus fronteras comerciales, mientras ellos las cierran. Uno de los ejemplos más recientes de tal hipocresía ha sido la actitud de la Comunidad Europea y de los Estados Unidos de América al prohibir que las farmacéuticas puedan vender las vacunas contra el COVID-19 fuera de sus fronteras. De tal manera, son muy bellos los discursos de solidaridad que numerosos gobernantes de esos países pronuncian en eventos internacionales, pero otra cuestión es la cruda realidad que evidencia el carácter inhumano de la sociedad capitalista.

La cultura integracionista latinoamericana ha sido promovida por diversas vías, desde el discurso oral, hasta proclamas, artículos, libros, cartas, docencia, convocatorias a congresos, creación de instituciones, etc. Un lugar destacado en esa función lo ha desempeñado la educación²⁸, fundamentalmente universitaria, a medida que se fue emancipando del férreo control eclesiástico y adquirió un carácter laico. Esa tendencia se ha ido acrecentando en los últimos años y parece ya irreversible.

²⁶ Véase: Borón, Atilio. *América Latina en la geopolítica del imperialismo*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2012.

²⁷ Véase: Guadarrama, Pablo. "Nuevas derechas ante la integración latinoamericana". *Contra Nuestra América : estrategias de la derecha en el siglo XXI* / editado por Jairo Estrada Álvarez; Carolina Jiménez Martín; José Francisco Puello-Socarrás; Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2020.pp. 185-205. https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/libro_detalle.php?id_libro=1836&orden=&pageNum_rs_libros=0&totalRows_rs_libros=1375

²⁸ Véase: Puigross, Adriana. *De Simón Rodríguez a Paulo Freire. Educación para la integración iberoamericana*, Convenio Andrés Bello, Bogotá, 2005.

Sin embargo, no siempre la educación superior ha cumplido debidamente su papel en la época republicana, pues luego de la reforma de Córdoba, que tuvo algunos logros significativos, no han faltado concepciones y métodos escolásticos y desvinculados de la terrenalidad necesaria para conocer mejor el contexto cultural latinoamericano y proponer mejores vías y posibles procedimientos de integración. Algunas universidades han estado más pendientes de conocer el ámbito histórico-social y político europeo o norteamericano que el que las circunda. Afortunadamente, en los últimos tiempos muchas de ellas han prestado mayor atención a investigar, en el ámbito latinoamericano, los procesos integracionistas, sus barreras, obstáculos, mediaciones, posibilidades, tendencias de desarrollo²⁹, y hasta se ha creado la Universidad Federal de la Integración Latinoamericana en Brasil, así como numerosos centros y grupos de investigación, revistas, editoriales, congresos, etc., con objetivos similares en varios países. Si la labor investigativa no está acompañada de la docente y de extensión universitaria, para que las nuevas generaciones estudiantiles y la sociedad civil en cada país otorguen mayor importancia a la cultura integracionista, los resultados pueden ser menguados.

¿Cuáles deben ser los presupuestos para contribuir a una nueva cultura integracionista? En primer lugar, analizar detenidamente los factores favorecedores y los obstáculos que generaciones anteriores de los mejores representantes del pensamiento latinoamericano, desde trincheras políticas e intelectuales, han sabido detectar para promover los primeros y enfrentar con optimismo los segundos. Esto significa no partir de cero en las nuevas épocas en que la integración de estos pueblos continúa siendo una utopía concreta, que puede mostrar avances, estancamientos, retrocesos; pero, en definitiva, una situación mucho más prometedora que la que pudieron lograr sus gestores iniciales.

Si se sabe aprovechar inteligentemente esa rica herencia ideológica y se estudia desde la filosofía política y la historia de las ideas –como ha pretendido hacerlo el presente análisis–, y también desde otras disciplinas académicas, como la historia, las ciencias políticas, jurídicas, económicas, sociológicas, etc., es posible elaborar propuestas de utilidad para presentar ante instituciones estatales, gubernamentales, académicas y culturales, con el propósito de que continúen promoviendo con efectividad la necesaria integración latinoamericana.

Por supuesto que muchos de los factores favorecedores y los obstáculos que se han presentado a las generaciones anteriores de promotores de la cultura integracionista latinoamericana han cambiado, pero no tanto como para considerar que no existen en su totalidad. El hecho de que se hayan modificado algunas circunstancias no debe llevar a la errónea conclusión de que los criterios y propuestas elaborados en el pasado no pueden ser de alguna utilidad en el presente.

²⁹ Véase: Guadarrama, Pablo. "Papel de la educación superior en la superación de los obstáculos para la integración latinoamericana". *Revista Aportes para la Integración Latinoamericana*. Instituto de Integración Latinoamericana. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad Nacional de Aportes para la Integración Latinoamericana. Año XIX, N° 29/Diciembre 2013 pp. 1-30.

http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/37210/Documento_completo.pdf?sequence=1

Aquellos que en la actualidad están a favor de la integración porque consideran que esta constituye una polea de transmisión favorecedora de desarrollo socioeconómico, están en la obligación de estudiar las causas de los fracasos y también los éxitos parciales, para extraer las recomendaciones necesarias. Cada cual, en su ámbito político, académico, empresarial, educativo, cultural, etc., debe valorar adecuadamente cuáles son las herramientas efectivas de las cuales dispone para contribuir a promover una nueva cultura integracionista. Esta no es una tarea que debe aplazarse y encargarse solamente a las nuevas generaciones. Si en circunstancias más adversas las anteriores concibieron la integración latinoamericana y pusieron todo su empeño en hacerla realidad, cómo renunciar en la actualidad a continuar dicha labor, cuando existen hoy mejores condiciones, no solo comunicativas, para lograrla.

Siempre resulta de extraordinaria validez aquel apotegma según el cual el pueblo que no conoce su historia está condenado a repetirla. Y tal vez no sea del todo acertado considerar que la historia se repite a veces como tragedia y otras como comedia; pero algunas razones condujeron a llegar a tales consideraciones, y no deben ignorarse.

A medida que las nuevas generaciones conozcan el pensamiento integracionista latinoamericano, así como los éxitos y reveses que han experimentado sus promotores en distintas épocas, se sentirán más motivadas a continuar con honor ese compromiso y lo seguirán cultivando.

En esta nueva época, apenas transcurridas dos décadas del siglo XXI, en que se han podido apreciar las consecuencias favorables y los desafíos que plantea la globalización³⁰; cuando se han podido analizar calmadamente las razones del fracaso del «socialismo real»³¹ y del capitalismo real; cuando se observa que el voto popular no es reconocido como el que debe decidir la elección de los gobernantes en el país que cree poseer el mejor «democratómetro» del mundo; cuando se avizoran los peligros cada vez más cercanos del cambio climático; cuando se observa con temor la aceleración de la carrera armamentista y el enfrentamiento entre viejas y nuevas potencias económicas –lo que afecta directamente a los países latinoamericanos, así como a otros del orbe–; cuando los avances de la nueva revolución científico-tecnológica prometen resultados extraordinarios –aunque no siempre para todos los países por igual, del mismo que la distribución de las vacunas contra el COVID-19–, pero a la vez plantean muchas incógnitas respecto a los mecanismos de manipulación de la conciencia a través de los medios de comunicación masiva; cuando el presunto poderoso hombre que descubrió su fortaleza a partir de la modernidad –como muestra el célebre dibujo de Da Vinci– ve con sorpresa que su propia supervivencia es desafiada por minúsculos virus, las nuevas generaciones intelectuales y políticas están obligadas a generar nuevas alternativas de desarrollo socioeconómico y político, tarea esta que difícilmente podrán lograr los países latinoamericanos de

³⁰ Véase: Vieira Posada, Edgar. *Los actuales desafíos del proceso de globalización*. Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia, Bogotá, 2016.

³¹ Véase: Prieto, Alberto. *América Latina. Transiciones, integración y socialismo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2016.

forma aislada. La integración latinoamericana no es simplemente una opción, sino la única alternativa, y la cultura para promoverla tiene mucho que aportar para lograrla.